

REFLEXIONES

“El magnate griego”

■ Algunos los llaman el “jet set”, otros “la gente linda”, pero el hecho es que son un grupo de personas que se caracterizan por tener mucho dinero, por desconocer las barreras que significan las fronteras y por dedicarse con pasión y perseverancia a una indefinible actividad que, vaya uno a saber por qué, la llaman “pasar bien”.

Son los clientes de los hoteles de lujo, asistentes obligados a las “fiestas del siglo” que se programan regularmente cada semana, visitantes de discoteques de moda, eternos viajeros de cruceros en espléndidos yates y abonados a la primera clase de los aviones internacionales.

Los hombres y mujeres comunes, que sueñan con hacer algún día algo de lo que ellos hacen a diario, los han idealizado. A través de revistas especializadas o de columnas chismográficas, siguen el incesante deambular de la gente linda, conocen los manjares que consumen y las bebidas con las que se intoxican y, sobre todo, están al tanto de sus vaivenes sentimentales, del último escándalo, el último amante, la última aventura. Porque “la gente linda” vive de “lo último”, su incesante actividad hedonista las hace caer de pasado. Sólo el presente importa y ese presente dará el producto que millones de gente humilde, modesta, desesperanzada espera ansiosa: el chisme.

“La gente linda” ha logrado producir lo que los sociólogos llaman una “subcultura” con valores (de alguna manera habrá que llamarlos) propios, con héroes que le pertenecen, con lugares que salen e ingresan de su itinerante placer.

En estos días, la “gente linda” pareciera estar disgustada pero en el fondo se siente halagada. Su subcultura ha dado origen a un nuevo producto. Es una película que, recién estrenada en Nueva York, ha producido la expectación de la multitudinaria masa que sigue a estos curiosos héroes de pacotilla. Su nombre es

“El Magnate Griego”; sus intérpretes, Anthony Quinn y Jacqueline Bisset. Su tema, es una rampiona historia que cuenta los amores de un rico naviero griego con la esposa de un Presidente de los Estados Unidos, entorpecidos por los celos de una diva operática. Si esta trama le resulta algo familiar al lector de esta columna, es sin duda porque en ella están los elementos apenas disfrazados de ese chisme descomunal que se vivió hace poco cuando la viuda del Presidente Kennedy se casó con Aristóteles Onassis, despechando así a María Cailas.

Al igual que lo que sucede con las telenovelas latinoamericanas, mientras los críticos cinematográficos exhibían su estupor por el mal gusto y la banalidad del filme, colas de espectadores se formaban frente a los teatros que lo exhibían para saciar su morboso apetito de chisme.

Porque “El Magnate Griego” no es sino un chisme llevado al cine o, como lo indicó un crítico, una parodia de la vida, una burda expresión de los sentimientos de personas recientemente fallecidas o que aún viven.

Curiosamente, ni los afectados ni sus descendientes han protestado ni han iniciado acciones judiciales contra los productores. Ellos saben que, por esta vez el escándalo no les favorece. Pero lo más interesante del caso es que la ambientación del filme, con sus yates, sus residencias exclusivas, sus fastuosas cenas, terminan apiastando a los personajes que se mueven en él, delatando su vacuidad, su pequeñez, su carencia de significación.

“La gente linda” llevada al cine en una película de ficción que se acerca, sin embargo, al documental, ha resultado, a la postre, ser bastante fea.

Y, en definitiva, ése terminará siendo el gran mérito de ese bodrio cinematográfico recién estrenado en los Estados Unidos que se llama “El Magnate Griego”.

PARTIQUINO

LA SEGUNDA